

ARAUCANÍA-NORPATAGONIA III

**TENSIONES Y REFLEXIONES EN UN TERRITORIO
EN CONSTRUCCIÓN PERMANENTE**

Aperturas
Serie Sociales

ARAUCANÍA-NORPATAGONIA III

TENSIONES Y REFLEXIONES EN UN TERRITORIO EN CONSTRUCCIÓN PERMANENTE

Compiladores

Alfredo Azcoitía

María Andrea Nicoletti

Mariano Lanza

Paula Gabriela Núñez, Jorge Ernesto Muñoz Sougarret, Anabela Cádiz,
Gustavo Mehdi, Andrés Núñez, Enrique Aliste, Brígida Baeza, Ana Inés Barelli,
Laila Vejsbjerg, Alicia Laurín, Perla Brígida Zusman, Carolina Lema,
María Carolina Odone Correa, María Andrea Nicoletti, Brenda Matossian,
Claudio Enrique Rosales Urrutia, Laura Mombello, Ana SpivackL' Hoste,
María Alma Tozzini, Mariano Gonzalo Lanza, Paulina Zúñiga Becerra,
Guillermo Fernández, Francisco Navarrete Sitja, Cristina Hevilla,
Raúl José Molina Otárola, Maia Vargas, Alejandra Mora Soto,
Clever Alejandro Marín Lleucún, Laura Marcela Méndez, Martha Esther Ruffini,
Martín Fonck, Gonzalo Salazar, Viviana Huiliñir-Curío, Hugo Weibel,
Mauro Cesetti Roscini, Facundo Malvicino, Horacio Paradela, Marcela Salgado Vargas,
Gabriela Klier, Fabien Le Bonniec, Dina Alejandra Guarda Cerón, Paula Hurtado López,
Jaime Flores Chávez, Agustín Assaneo, Patricia Roitman y Jimena Aguirre.



**EDITORIAL
UNRN**



Utilice su escáner de
código QR para acceder
a la versión digital

Índice

11 | **Introducción**

Alfredo Azcoitia, Mariano Lanza y María Andrea Nicoletti

EJE 1

Construcciones territoriales en disputa

Coordinadores: Paula Núñez y Alfredo Azcoitia

21 | Capítulo 1

Entre domésticas y heroicas. Las miradas científicas a los andes norpatagónicos

Carolina Lema y Paula Núñez

41 | **Comentario al texto:** Paulina Zúñiga

47 | Capítulo 2

La incorporación simbólica de la Patagonia: acercar el territorio a la nación (1930-1941)

Guillermo Fernández y Brígida Baeza

65 | **Comentario al texto:** Francisco Navarrete Sitja

75 | Capítulo 3

***Amereida*: arte y geografía de una travesía por la Patagonia**

Raúl Molina Otárola y Maia Vargas

92 | **Comentario al texto:** María Cristina Hevilla

99 | Capítulo 4

Dilemas de representación cartográfica en los espacios transfronterizos

Alejandra Mora y Anabela Cádiz

119 | **Comentario al texto:** Alejandro Marín Lleucún

127 | Capítulo 5

Buenos vecinos. Prácticas sociales, religiosas y tramas de poder: San Carlos de Bariloche entre 1900 y 1920

María Andrea Nicoletti, Jorge Muñoz Sougarret y Laura Marcela Méndez

154 | **Comentario al texto:** Martina Ruffini

- 163 | Capítulo 6
Paisajes en tensión: movilidades y territorialidades en la cordillera de los Andes, región de la Araucanía, Chile
Viviana Huiliñir-Curío, Gonzalo Salazar y Martín Fonck
180 | Comentario al texto: Laila Vejsbjerg
- 189 | Capítulo 7
Lo nacional y lo local, la forma urbana y otros modos de habitar: las experiencias de Población Schilling y Villa Los Coihues desde los márgenes de Osorno y Bariloche
Hugo Weibel Fernández y Mauro Cesetti Roscini
221 | Comentario al texto: Brenda Matossian
- EJE 2**
Neoliberalismo y mercantilización de la naturaleza
Coordinadores: Mariano Lanza y Santiago Conti
- 233 | Capítulo 8
Argentina y Chile: dinámicas de acumulación del capital en el último decenio del siglo xx
Mariano Lanza
269 | Comentario al texto: Facundo Malvicino
- 283 | Capítulo 9
La cuestión forestal en Latinoamérica: entre el desarrollo y la conservación. Aportes desde estudios de caso de la Argentina y Chile
Constanza Casalderrey, Marcela Salgado y Alma Tozzini
309 | Comentario al texto: Horacio Paradela
- 321 | Capítulo 10
Ecoextractivismo y geopolítica de las periferias: el negocio de la diferencia en la Patagonia chilena/argentina
Andrés Núñez, Gabriela Klier y Enrique Aliste
338 | Comentario al texto: Perla Zusman

349 | Capítulo 11
Controversias transandinas en torno al control sobre el usufructo de los bienes de la naturaleza en la Norpatagonia argentina-chilena

Laura Mombello, Fabien Le Bonniec y Dina Guarda Cerón

374 | Comentario al texto: Ana SpivakL´Hoste

383 | Capítulo 12
Naturaleza y conservación en tensión

Alicia Laurín y Gustavo Mehdi

400 | Comentario al texto: Claudio Rosales Urrutia

EJE 3

Nuevos abordajes para pensar un territorio binacional

Coordinadoras: María Andrea Nicoletti y Jimena Aguirre

407 | Capítulo 13
Movilidades y traslados devocionales en la frontera argentino-chilena. Actualizando debates sobre territorios, migraciones y religiosidad

Ana Inés Barelli y Paula Hurtado López

427 | Comentario al texto: María Carolina Odone

437 | Capítulo 14
Nación intercultural: narrativas y currículum comunal en la escuela. Reflexiones de frontera

Patricia Roitman, Agustín Assaneo y Jimena Aguirre

452 | Comentario al texto: Jaime Flores Chávez

459 | **Autorías y colaboraciones**

Capítulo 1

Entre domésticas y heroicas. Las miradas científicas a los andes norpatagónicos

Carolina Lema y Paula Núñez

1.1. Introducción

Este artículo se nos presenta como un primer acercamiento comparado, entre el desarrollo de la academia argentina y la chilena, a la construcción de conocimiento científico acerca del área lacustre cordillerana norpatagónica argentina. La construcción de la mirada científica sobre Norpatagonia sin duda comparte muchos elementos en común con el proceso del desarrollo de la ciencia a nivel global. En términos ideológicos, puede entenderse como parte integral de la herencia iluminista en las naciones americanas que buscarán, a través del conocimiento científico, desarrollar el ideal de naciones modernas. Esa participación ha sido tradicionalmente indagada por la historiografía científica de ambos países (por ejemplo: Babini, 1986; Saldivia, 2005) y sobre ella no abundaremos aquí más que en las referencias pertinentes.

Desde aquí avanzaremos preguntándonos por otros elementos constitutivos de las prácticas científicas. En tanto indagamos sobre un espacio que es argentino, vamos a dialogar con elementos nacionales, pero en tanto es un espacio de frontera, mostraremos que la dinámica de la academia chilena impacta profundamente en la exploración, diseño y formas de reconocimiento, aun dentro de la Argentina.

Tomaremos como punto de partida el momento de transición hacia la conformación disciplinar que conocemos hoy, originada en el conocimiento de naturalistas que van armando sociedades científicas, publicaciones, y van ocupando espacios universitarios que son la base de la conformación de las disciplinas específicas que encontramos delimitadas sobre finales del siglo XIX y principios del XX. Esta estructura disciplinar será el soporte de diferentes instituciones, no solo de producción de conocimiento sino también gubernamentales.

Todas estas influencias se cruzan en el análisis que llevaremos adelante. Partimos de que el conocimiento científico sobre la naturaleza en el momento que nos ocupa todavía se entiende como el resultado del encuentro entre el genio del naturalista, las instituciones que formaron,

los objetos con los que trabajaron y el dinero que financió todo ello (Jardine y Spary, 1996). Por lo cual, el análisis exploratorio y comparativo en el desarrollo de ambas academias, argentina y chilena, nos permitirá comprender mejor los orígenes de convergencias y divergencias en las miradas y las praxis científicas sobre el territorio. Pero algo más: nos permitirá atender cómo en el reconocimiento de la materialidad constitutiva de los espacios se proyecta y refleja un cierto sentido de lo nacional, que va a ir dialogando con aquello que se observará desde la ciencia.

1. 2. Temporalidades científicas

La producción de conocimiento sobre los espacios americanos precede a la organización estatal del siglo XIX. Uno de los aspectos a destacar es que existía una estructura organizativa académica que puede considerarse común a las colonias americanas españolas, consolidada en algunas universidades dedicadas a los estudios teológicos y leyes e instituciones de formación técnica, cuyo orden jerárquico respondía a su localización en la organización territorial del reino (Buchbinder 2005; Mellafe, Rebolledo y Cárdenas, 1992; Serrano, 1993) y que deviene en elemento transformador de la sociedad a ojos de los nuevos líderes políticos (Newland, 1991).

En ese ordenamiento, los dos núcleos principales los constituían México y Perú, siendo el resto de las colonias casi desconocidas al alcance de los naturalistas europeos (Ventura, 2016).¹ Esos espacios se abren a la historia natural a partir de los procesos independentistas, en articulación con la constitución de las distintas naciones americanas, por lo cual la articulación entre ciencia y Estado tiene, en sus orígenes, temporalidades divergentes en la Argentina y en Chile.

En el caso de Chile, instituciones coloniales como la Academia de San Luis (fundada en 1797 con apoyo de la Corona),² se redefinen en el reordenamiento posterior a la independencia. Esta academia se integró al Instituto Nacional en 1819 con el objetivo de fomentar la agricultura, la industria y el comercio de la nación.³ Este primer impulso modernizante de las elites ilustradas seguirá una década más tarde con la formación del

1 De allí la importancia e influencia posterior de la obra de Alexander von Humboldt que recorre, además de México y Perú, otros vastos territorios de América (Ventura, 2016).

2 Academia de primeras letras, matemáticas y dibujo.

3 El Instituto Nacional abre en 1813 pero esta primera etapa es breve pues es clausurado por la reconquista realista, para reabrir nuevamente en 1819.

Gabinete de Historia Natural (1839) bajo la dirección del francés Claudio Gay,⁴ posteriormente transformado en Museo Nacional de Historia Natural (1853). Desde este mismo grupo se crearon espacios de investigación que dieron un matiz práctico al trabajo científico: la Sociedad Nacional de Agricultura (1838), la Escuela de Minas de La Serena (1838), especialmente orientada al desarrollo de la minería. Al año siguiente se fundó la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y, en 1842, la Universidad de Chile.⁵ Esta última institución comienza a conferir grados al año siguiente, y entre los primeros en lograrlos están los argentinos Vicente Fidel López, en filosofía, y Juan Bautista Alberdi, en derecho (Bravo Lira, 2004). Además, sus *Anales* comienzan a publicarse a partir del año siguiente y continúan aún hasta la actualidad, consolidándose así la formación local de profesionales, y configurando una amplia red de comunicación que permitió la rápida conformación de una comunidad científica local.

En la Argentina, al momento de la independencia, la Universidad de Córdoba tenía una larga historia. De origen religioso, en esta institución se habían incorporado ya el estudio de leyes y disciplinas matemáticas (Buchbinder, 2005). Si bien no ocurren cambios radicales en su organización por la independencia argentina, cabe mencionar que las turbulencias nacionales se ven reflejadas en su funcionamiento. En 1820 se la provincializa, para volver a la órbita nacional recién en 1856. Además de esta, otras tres instituciones de ciencias se forman con el ímpetu independentista: la Universidad de Buenos Aires (1821), la Sociedad de Ciencias Físicas y Matemáticas (1822-1824) y el Museo Público de Buenos Aires (1822). Ninguna de ellas logró mantener estable su funcionamiento durante la primera mitad del siglo XIX. Las universidades se fueron

4 Nacido en Francia en 1800, viaja a París a formarse como médico, pero luego se inclina hacia el campo de la botánica y otras disciplinas impartidas en el Museo de Historia Natural, recorriendo diversas áreas de Europa recolectando colecciones. En 1828 se traslada a Chile para ocupar un cargo de profesor en el Colegio de Santiago. Al año siguiente suscribe un contrato con el Estado de Chile para explorar el territorio y realizar un registro de sus recursos naturales. A partir de ese trabajo se concreta su *Historia física y política de Chile*, que consta de 30 volúmenes publicados entre 1844 y 1871. Por ser reconocido como uno de los principales fundadores de la ciencia natural en Chile, la bibliografía sobre él es abundante, entre los autores más recientes podemos mencionar a Luis Mizón (2001), Rafael Sagredo Baeza (2007 y 2012) y Zenobio Saldivia (2005).

5 Tras la creación de la Universidad de Chile, la institución decae para ser refundada en 1911.

reorganizando entre 1850 y 1860. El museo resurgirá en 1862, tras la contratación de Hermann Burmeister (Perazzi, 2008).

Observando las instituciones científicas vemos una consolidación tardía en la Argentina, ligada al ordenamiento estatal propiciado por las primeras presidencias constitucionales, que se inician con la presidencia de Bartolomé Mitre (1862-1868) y que forjan la dimensión institucional de un orden estatal en disputa en el período previo. Es por ello que en los años subsiguientes se multiplicarán las organizaciones científicas: en 1864 se forma la Sociedad Paleontológica de Buenos Aires y en 1869, la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, ambas bajo el control de Burmeister. Luego, en 1872, la Sociedad Científica Argentina, en 1879, el Instituto Geográfico Argentino y en 1887, el Museo de La Plata.

En esta breve contemplación de las temporalidades, podemos notar una primera diferencia en las estructuras científicas, ya que las instituciones chilenas se consolidaron más tempranamente con una mirada general y unificada sobre el carácter práctico de la ciencia y su accionar sobre el territorio. Posteriores serán las discusiones entre la investigación básica y la aplicada (Saldivia, 2005). Las instituciones argentinas no pudieron abstraerse de las convulsiones que acompañaron la organización nacional en la primera mitad del siglo XIX (Babini, 1986). Pero en ambas, antes o después, es claro que la ciencia se vinculará a un discurso de conocimiento y control territorial. En Chile el control territorial del interior cordillerano se vincula a un modelo de ocupación gestado en la administración de Manuel Bulnes (1841-1851), que propicia una inmigración selectiva y ocupación de los espacios australes promoviendo exploraciones puntuales (Pinto Rodríguez, 2003).

En la Argentina, las primeras expediciones, como las de Francisco P. Moreno, se ligan a la intensión de conquista. Ya en 1874 Moreno es convocado por el ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Tejedor, con el fin específico de consolidar soberanía y aportar al debate de los límites con Chile. Concretamente se le solicita, en su viaje de 1874, que explore las tierras desde la bahía hasta las nacientes del río Santa Cruz, observando el espacio «donde se habían establecido “algunos chilenos”» (Requeni, 1998). Ello da lugar a una temporalidad propia, vinculada al dinamismo estatal, y que suponemos directamente ligado a un discurso científico que alimenta el discurso nacionalista. Sin embargo, este nacionalismo que se hace presente de forma temprana en los fundamentos de la exploración geográfica de los naturalistas no significó la desvinculación de las academias. En el siglo XIX, de hecho, el espacio académico

ya consolidado en Chile brindó a algunos intelectuales argentinos un ámbito de refugio, disertación y publicación de ideas.⁶

Este vínculo entre ciencia y expansión territorial es central para dar cuenta de la particularidad de las disciplinas científicas que se despliegan, sobre todo porque la ciencia pegada a la vocación de conquista del Estado que financia la actividad de investigación va a explicitar un elemento estructural del conocimiento moderno, usualmente visible en los primeros trabajos de los empiristas en el siglo XVII, que liga el conocimiento al control y al dominio (Merchant, 1980). En el caso de la academia chilena, esto surge tempranamente para mediados de siglo y en el caso de la argentina, reaparece fuertemente cargado de elementos de darwinismo social a fines del siglo XIX.⁷

Ello se verá reflejado en obras como la de Ricardo Napp, *La república Argentina* (1876),⁸ que toma a las dinámicas coloniales como la explicación central para la falta de desarrollo que los recursos argentinos parecerían prometer, tal como se observa en la introducción, cuando señala:

En proporción, la República Argentina ha sido poco explorada aún; su importancia no se ha reconocido suficientemente, pero todo ello no es mas que una consecuencia lógica de su pasado político. Los países llamados hoy «Repúblicas Platenses» es decir, las Repúblicas del Paraguay, Uruguay y Argentina, formaban en otro tiempo, junto con la parte de Bolivia, el virreinato Español de Buenos Aires, gimiendo bajo el yugo colonial mas de tres siglos, –desde su descubrimiento hasta su independencia, conquistada con tantos sacrificios. La tarea principal de la administración de la Corona se había reducido á aislar material y espiritualmente estos ricos y extensos países, reinando, desde el primero hasta el último momento, un sistema minucioso y vigilante, cuyo único fin consistía en mantener aquel aislamiento. Los habitantes de las colonias hispano-americanas no podían entrar en relaciones comerciales ni con el extranjero, ni con las demás colonias. El gobierno de la madre-patria vendía el

6 De hecho, en el primer número de 1843 se publica *Memoria sobre ortografía americana*, leída por Domingo F. Sarmiento ese mismo año, a la Facultad de Humanidades. En los años siguientes se publicarán trabajos de Vicente Fidel López.

7 Para un análisis extenso de la incorporación y transformación de las ideas de Darwin en la Argentina ver Alex Levine y Adriana Novoa (2012).

8 Ricardo (Richard) Napp, de origen alemán, era profesor de la Universidad de Córdoba, periodista y divulgador de las ciencias, se desempeñaba en varios medios del país a fines del siglo XIX. Fue convocado por el gobierno para realizar la síntesis que se cita.

monopolio de la importación á algunos traficantes españoles, y no satisfecho aún con esto, llegó hasta prohibir la exportación durante largos años. El mismo gobierno hasta indicaba lo que sus posesiones de Ultramar debían producir, sin tomar en cuenta las relaciones del clima ó del suelo. Tal provincia no tenía libertad de plantar tabaco –ni aún para el consumo del mismo cultivador– á tal otra se le prohibía el cultivo del azúcar, á otra el del algodón, á una cuarta el del café, – en una palabra, la España trataba más aún de oprimir que de sacar provecho de sus colonias. (Napp, 1876, p. 2)

En esta obra, que por primera vez compila los avances de los estudios naturales en la Argentina y dibuja a la Patagonia en el mapa del país (Navarro Floria y Mc Caskill, 2004), en relación con la zona andina se señala que el conocimiento de los bosques se basa en lo relevado desde el lado chileno. Así se indica en relación con los «bosques antárticos»:

La grande humedad y el clima marino, con sus pequeños cambios de estaciones, han producido en la falda occidental de los Andes un país rico en bosques magníficos; esta región se extiende desde el 34º hasta el 56º de latitud, debiéndole la República de Chile la riqueza de algunas de sus provincias, como la de Valdivia, por ejemplo. Estos bosques se extienden, como yá lo he dicho, hasta el estrecho de Magallanes, y la Tierra de Fuego ostenta aún una cintura de bosques –sobre la cual, á poca altura del mar, se extiende una Flora alpina– y pierde cada vez mas sus elementos característicos en armonía con las degradaciones del clima [...].

Sin embargo, á la pregunta de si los bosques de Hayas de las faldas patagónicas é internas de las Cordilleras no podrían ser explotadas por una población enérgica y laboriosa, no sería posible responder negativamente [...].

No conozco descripción alguna buena y detallada de estas comarcas; Müsters las ha visitado, habiendo sido agradablemente sorprendido; habla de lianas y de bosques magníficos, pero su descripción es muy superficial para poder proporcionar una idea clara de esta vegetación.

Mientras el Patagón salvaje lleve una vida errante en las llanuras de su pátria, no entrará la civilización en aquellos bosques primitivos. (Lorentz, en Napp, 1876, pp. 82-83)

El reconocimiento de la Patagonia tiene características específicas que se inscriben en un espíritu utilitarista de la ciencia del período (Navarro Floria, 2004) y que presuponen un destino de espacio de desarrollo

agrícola a tierras presentadas como desconocidas. El texto de Moreno (1879) resulta emblemático en tanto va tomando notas respecto de las características que permitirán el destino de espacio agrícola, que el autor presupone antes del viaje. La ciencia, a decir de Moreno, es base de la posibilidad misma de la apropiación estatal. Él vincula la necesidad del conocimiento a dos problemas, el litigio con Chile por los límites y las políticas de colonización que se debaten sobre el territorio. Su viaje es en «provecho de la patria y de la ciencia» (1879, VIII), como dos elementos indistinguibles en su relato.

Los informes de la Comisión Científica agregada a la Expedición al Río Negro (1881a y b, 1882), que resulta en el avance militar definitivo para dismantelar el orden de los pueblos originarios sobre el territorio patagónico, directamente asocian las nociones de ciencia y guerra en la introducción, que comienza diciendo:

El año 1879 tendrá en los anales de la República Argentina una importancia mucho mas considerable que la que le han atribuido los contemporáneos. Ha visto realizarse un acontecimiento cuyas consecuencias sobre la historia nacional obligan más la gratitud de las generaciones venideras que la de la presente, y cuyo alcance, desconocido hoy, por transitorias cuestiones de personas y de partido, necesita, para revelarse en toda su magnitud, la imparcial perspectiva del porvenir. Ese acontecimiento es la supresión de los indios ladrones que ocupaban el sur de nuestro territorio y asolaban sus distritos fronterizos: es la campaña llevada á cabo con acierto y energía, que ha dado por resultado la ocupación de la línea del Rio Negro y del Neuquen. (Ebelot, 1881, VII)

Y a partir de allí continúa marcando la relevancia del abordaje moderno sobre el tema de la frontera:

El general Roca se ha inspirado en los modernos adelantos de la ciencia de la guerra, pues la guerra ha dejado de ser un arte sometido á los caprichos del instinto marcial y de la inspiración, y obedece á las reglas fijas y al método severo de la ciencia experimental. Ha comprendido que la llave del asunto se encontraba en la configuración del terreno, y que, mientras no se hubiera arrancado á la misteriosa pampa sus últimos secretos, habría que prescindir de sistemas. (Ebelot, 1881, IX)

En los textos que se publican es particularmente llamativa la abundancia de citas a naturalistas chilenos y a la cantidad de especies, tanto

animales como vegetales, que se han identificado desde la academia chilena y que se descubren presentes en territorio argentino. La precedencia del desarrollo de la figura de los naturalistas chilenos es tan relevante en las primeras exploraciones de los científicos argentinos que se llega a dar el nombre de *Halycideocritus philippii* a una nueva especie de longicornio (escarabajo), cuya importancia está en que se descubren muy pocas especies en la investigación zoológica. Hay una notación específica de Carlos Berg que dice: «como testimonio de aprecio dedico esta especie al señor Dr. Don R. A. Philippi, director del Museo Nacional en Santiago de Chile, quien conmemora hoy (abril 26 de 1880) el día quincuagésimo de su doctorado» (Doering, 1881, p. 107), lo cual muestra un vínculo hasta de carácter personal en las redes de investigadores que analizamos.

A nivel institucional, en la Argentina esta idea que vincula conquista y conocimiento se retoma como fundamento en el diseño del censo nacional más completo, el de 1895, que releva territorio, población y aspectos complementarios como elementos centrales para el diseño estatal. Allí se explicita que la constitución nacional se liga al proceso de avance militar sobre casi el 50% de lo constituido como mapa argentino:

Cuando se practicó el censo de 1869 los vastos territorios de la Patagonia, Chaco y Misiones se encontraban sin más población que los indios salvajes que mantenían en constante alarma con sus depredaciones á los vecinos de las campañas fronterizas y solamente existía una colonia agrícola en el Chubut con 153 habitantes.

Después de aquella fecha se produjo el grande acontecimiento de la conquista de La Pampa y toma y posición efectiva por la civilización de esos y de los demás territorios nacionales del sud y del norte, surgiendo á la vida política y social las nuevas entidades administrativas que se han organizado con el nombre de territorios nacionales, que no tardarán en convertirse en otras tantas provincias.

La conquista de esos territorios, que representan casi la mitad de la superficie de la República, constituye el hecho político más culminante producido en el país después de la emancipación, y entregando á la civilización un millón y trescientos mil kilómetros cuadrados de tierras, en gran parte feraces, regadas por numerosos ríos ó bañadas por las aguas del Océano, ha permitido que se constituyan nuevos centros de población en que existen ya muchos núcleos urbanos y más de cien mil habitantes.

Respecto á esos territorios no puede haber comparaciones estadísticas con el pasado, puesto que en 1869 se encontraban fuera del dominio de la civilización. (De la Fuente, 1897, XXI)

En el período subsiguiente, tanto desde el plano político como científico, el territorio a incorporar se presentará como un desierto transformable (Navarro Floria, 2011), donde se encuentran el peligro de un orden imposible junto al futuro promisorio, donde el reconocimiento y correcto manejo de los recursos, y el remplazo de los menos aptos por los más aptos (valoración enteramente realizada desde el orden productivo), serían la base para la grandeza del país. Lo que en Chile ya es una práctica de colonización asociada a la investigación, en la Argentina es una promesa que vendría luego de conocer.

1.3. Espacialidades científicas

Hay además otro elemento que estará pesando sobre la construcción de la mirada científica, y esto es su ubicación espacial, que impacta en los imaginarios sobre la distancia y el territorio que preceden el diseño metodológico de la investigación científica. Si observamos el lugar de asiento de ambas academias, podemos notar en la Argentina una centralización cuasi total en la zona pampeana: Buenos Aires y Córdoba. Desde esa academia se explorarán/escribirán/inscribirán los territorios sobre los cuales el Estado se expande. En Chile, en cambio, Santiago no concentra la totalidad de las instituciones. En el norte encontramos la Escuela de Minería de La Serena,⁹ fuertemente vinculada a la preparación de técnicos para el desarrollo local de las industrias del salitre y minera, en directa vinculación con la localización del recurso. Así como también algunos de los científicos que volcaron su mirada sobre la cordillera norpatagónica, se radicaban ellos o sus familias en la región. Es el caso de Rodulfo Philippi o Francisco Fonck,¹⁰ entre otros, en cuyas miradas científicas se ancla el peso del habitar el mismo

9 También a mediados de siglo hay una reacción política y territorial que desafía a la metrópolis santiaguina, fundándose el Museo de Historia Natural de Valparaíso (1853) y la Sociedad de Amigos de la Ilustración (1859-1863), desde el núcleo comercial portuario.

10 Rodulfo Amando Philippi fue un médico alemán que se trasladó al sur de Chile como parte de las políticas de inmigración selectiva propiciadas por el gobierno. Se instaló en Valdivia y trabajó como docente en el Colegio Alemán. Luego se vinculará a la Universidad de Chile y se convertirá en director del Museo de Historia Natural de Chile en 1853. Realizó múltiples viajes de exploración hacia la zona de cordillera y lagos en el sur, y a las áreas mineras en el norte, recolectando y clasificando elementos de todos los ámbitos de las ciencias naturales. Para mayor información sobre Philippi se puede consultar Sagredo Baeza (2012) y Saldivia (2005).

espacio que se narra. Philippi no solo comenzó su inserción laboral en Chile como docente radicado en Valdivia, sino que además su familia poseía fundos en la región, en cuya administración se involucró (Sagredo Baeza, 2012). En tanto que Fonck, médico nacido en Alemania, se instaló como tal en la colonia de Llanquihue en 1854, desde donde realizó numerosos viajes de exploración hacia la zona lacustre cordillerana hasta 1869.¹¹ También se desempeñó como vicecónsul de Chile en Alemania, fue intendente de Llanquihue y actuó como diputado nacional por esa misma región (1882-1885) (Saldivia, 2005).

El territorio inmediato, como espacio de estudio que atraviesa la producción de conocimiento en Chile, puede pensarse como diametralmente opuesto al territorio de investigación de la Argentina. Es más, así como la academia argentina actualiza el control y el dominio violento como base de la posibilidad misma de la ciencia, remitiendo a la explicación metodológica del siglo XVII con los primeros empiristas británicos, la descripción geográfica también actualiza dinámicas representativas del siglo XVII.

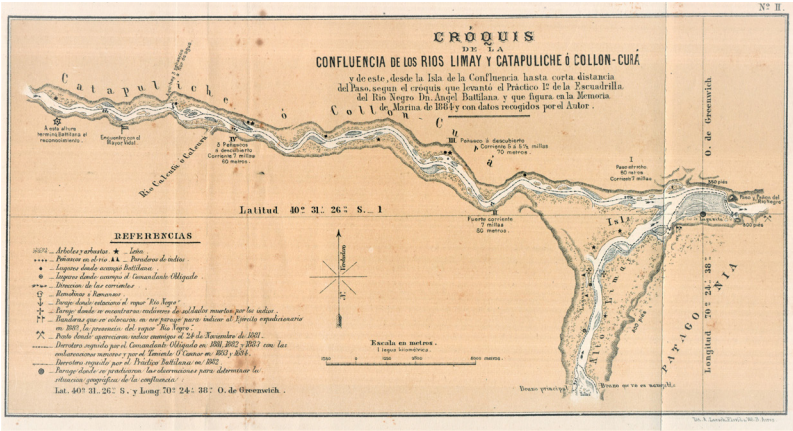
Belén Gache (2006, p. 85) recorrió los portulanos de los siglos XIII y XIV, cartas náuticas precartográficas basadas en los apuntes de viajes de los marinos, destacando cómo en estos se dibuja la experiencia personal del viaje. Esta forma de representar el espacio se denomina *mapas de autor* porque la vivencia de quien dibuja se representa en el gráfico. Esta representación de un espacio construido a partir de la experiencia permanece hasta el siglo XVII. A partir del siglo XIX, los más sofisticados instrumentos de medición transformaron la cartografía. Los mapas se volvieron abstractos, mapas sin experiencia, que en esa erradicación inscribían la ilusión de objetividad. Pero la descripción geográfica científico-militar de la conquista patagónica recupera la estética del siglo XVII en formatos del XIX al mezclar lo militar en un proceso de apropiación que instala las marcas de argentinidad en el territorio, lo que inscribe como ajeno todo aquello que choque con la mirada de desarrollo asociada.

En el mapa elaborado por el sargento Santiago Albarracín tras la campaña, en 1886, como sucede generalmente en los mapas de la conquista, los indios tienen protagonismo. En este punto hay un retorno explícito a una forma gráfica del siglo XVII. Él, como militar, realizó mapas que poseen características de la cartografía de autor, que Carla Lois (2004), de hecho, reconoce en los más tempranos mapas que buscan registrar el territorio argentino y que empezaba a dejarse de lado en la cartografía institucional estatal al momento de la conquista, pero que en esa particular coyuntura son recuperadas.

11 Incluyendo una expedición al Nahuel Huapi realizada en 1856, publicada en los *Anales de la Universidad de Chile* (Fonck y Hess, 1857).

Las marcas de autor que dejó Albarraacín pertenecen a la lógica del poder que organizó la conquista. De ahí que señala los lugares «donde acamparon Battilana y Obligado», el «paraje donde se encontraron los cadáveres de los soldados muertos por los indios» o el «punto donde se encontraron indios enemigos el 24 de noviembre de 1881» (ver figura 1.1); es decir, criterios múltiples de mapeo y recorridos de personajes que buscaron establecer una lógica de poder, en los cuales su propia experiencia de conquista deviene en sentido territorial. Se trata de mapas que tienen como fin identificar al enemigo, mapas que sirven para atacar y defender, mapas donde el contrincante está en ese adentro que se debe ordenar. Mapas que, en las marcas de la violencia, actualizan la idea de exotismo en una tierra lejana, base del imaginario de la producción general de la ciencia que recorre la Patagonia como objeto de estudio desde la Argentina (Núñez y Lema, 2018b).

Figura 1. 1. Croquis de la confluencia de los ríos Limay y Collón-Curá



Fuente: Albarraacín, 1886

En Chile la relación con el territorio es diferente, se estudia el espacio inmediato, el vinculado a las actividades de las familias de los propios investigadores. Hay elementos cotidianos presentes en la producción del conocimiento. Esto elimina, en la mirada sobre Chile, gran parte de la carga exótica del viaje hacia los territorios de estudio, siempre presente en la Argentina. Desde el primer viaje de Moreno a la Patagonia, casi todas las expediciones que pasan por o parten del puerto de Buenos Aires se remite a un imaginario heroico de un viaje iniciático a una tierra desconocida (Lema y Núñez, 2018).

Estas diferencias de formación de las academias tendrá consecuencias en los modos en que una segunda generación de científicos se enfrenta al estudio de lo patagónico desde el imaginario construido en las comunidades científicas de cada país.

1. 4. Explorar la Patagonia

Estas diferencias, en espacialidades y temporalidades, van a tener peso en las expectativas de los procesos exploratorios de Norpatagonia andina. De lo visto podemos decir que lo que nos muestran las referencias de los primeros estudios científicos es que, además del peso del nacionalismo en el desierto exótico y lejano de la Argentina, la mirada de Chile, madurada en otras lógicas, también va a incidir en las dinámicas del conocimiento producido en la academia argentina. Pero todo ello tiende a perderse en el relato de la aventura a lo desconocido como base del diseño que la guía.

Frente a este tipo de construcciones, respaldadas desde los discursos científicos, como el de la Sociedad Científica Argentina, el Instituto Geográfico Argentino bajo la conducción de Estanislao Zeballos o el Museo de La Plata que, desde su creación y hasta su giro universitario en 1906, estuvo bajo la conducción de Francisco Moreno, la idea del viaje a la Patagonia se representaba como una gesta desarrollada por aquellos hombres de ciencia, vanguardias predecesoras de la civilización por venir, que le ponían el cuerpo al desarrollo de la nación (Lema y Núñez, 2018). Desde ese mismo imaginario se siguió pensando aún un par de décadas después, ya entrado el siglo xx, desde Buenos Aires el viaje exploratorio a la Patagonia.

Así podemos entreverlo en el caso del joven Félix Outes cuando, desde la sección de arqueología del Museo Nacional de Buenos Aires, intentó planificar una campaña de exploración arqueológica a la Patagonia.¹² En este pedido podemos ver cómo el carácter de avanzada conjunta de las fuerzas del Estado y los hombres de ciencia sobre la Patagonia no se clausuró con el avance expedicionario de la Campaña del Desierto, ni los posteriores informes producidos en el marco de la cuestión de límites, sino que se mantiene como una alianza sólida *a posteriori* de estas instancias, ya entrado el siglo xx. Esto queda explícito a través del pedido, sin una justificación

12 Félix Faustino Outes (1878-1939) fue un antropólogo, arqueólogo y lingüista argentino. Inició su formación en Buenos Aires y cursó estudios de posgrado en Europa y los Estados Unidos. En 1903, ya de vuelta en el país, ingresó como adscripto honorario a la sección de arqueología, bajo la dirección de Florentino Ameghino, al Museo Nacional de Buenos Aires (actualmente Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia).

necesaria, de «Un (1) clase y seis (6) soldados, armados, equipados y racionados para cinco (5) meses» y «2 Remington y 600 balas» (de las que parecen haber acordado entregar 300) (Outes, 1903) (ver tabla 1).

La planificación de esta campaña, vista a través de la lista e insumos enumerada claramente, se piensa como instancia iniciática para el investigador desde el lugar institucional recientemente ocupado. En tanto planificada desde allí, podríamos pensar sus planes como una actividad que se resuelve dentro de los límites de la propia institucionalidad. El vínculo de esferas estatales extraacadémicas se desprende del listado de insumos citados, que además no se solicitan ni justifican ante la dirección del museo, sino que se realizan a los ministerios del Interior, Guerra, Marina y Relaciones Exteriores, dejando en evidencia el grado de imbricamiento que tenía la práctica científica en esta segunda etapa de exploraciones científicas con las estructuras estatales de la nación orientadas al control territorial.

Tabla 1. Listado de equipamiento que Félix F. Outes requiere para la campaña patagónica de 1904. Se indican las dependencias estatales a las cuales se dirige

Relaciones exteriores	Ministerio de Guerra		Ministerio del Interior	
2 aparatos fotográficos, uno chico y otro grande, a elegir	2 montura completa (riendas, cabezadas, bosal, mandiles, estribos, estriberos)	Arneses completos y piezas de repuesto, bozales, sogas para cuarta, caballadas, morrales, tijeras de tuzar.	Fondos para comprar, durante el viaje, víveres y frescos	2 tijeras, una recta y una curva
1 ejemplar del tomo de mapas de la <i>Argentine Evidence</i>	2 capotes de caballería	120 herraduras (juegos) surtidas para caballos, clavos para herraduras, martillo, tenazas y destacadores	Fondos para imprevistos	2 escalpelos
1 barómetro aneroide	2 cascos de cincho	2 encerdos para las camas	Fondos para comprar los siguientes diversos:	3 kilos de naftalina
1 termómetro de máxima y mínima	2 botiquín completo	1 carpa de cuatro paños con palos, sogas y estacas de fierro	1 compás de Weber	1 kilo de ácido fénico
1 higrómetro	2 clase y 6 soldados, armados, equipados y racionados para cinco (5) meses	1 carpa de tropa	1 catre de campaña	1 calentador de alcohol

Relaciones exteriores	Ministerio de Guerra		Ministerio del Interior	
2 brújulas de bolsillo	2 ollas enlozadas, una de 5 lts y otra de 3 lts	1 mesa plegadiza	10 docenas de placas fotográficas 13x18	4 docenas de tubos de ensayo
1 sextante	1 sartén enlozado	2 carabinas Remington	Impresión de quinientas (500) fichas antropológicas	2 docenas de frascos de boca ancha surtidos desde 100 gramos hasta 300 gramos con tapín esmerilado
2 termómetros comunes en estuche	6 platos playos enlozados	600 tiros Remington	2000 etiquetas	2 kilos de algodón en rama
6 jalones en banderola	6 platos hondos enlozados	2 palanganas	10 kilos de tabaco ordinario Proveedores	100 gramos de bromuro de mercurio (pastillas)
1 ruleta metálica de 100 mts	2 fuentes medianas enlozadas	4 caramañolas	40 paquetes de vela salón	30 litros de alcohol 90° para colecciones
1 ruleta de tela de 25 mts	1 espumadera enlozada	2 brújulas de bolsillo	15 litros de aguardiente desnaturalizados	1 trousse fotográfica de viaje (chica)
Ministerio de Marina	1 cucharón enlozado	1 antejo telemetro	20 kilos de papel de estraza	200 grs de benzina
2 faroles, uno grande y otro chico	6 cuchillos de metal	1 aparejo de carga para mula	50 ovillos de hilo grueso	1 piedra de afilar
2 brújulas de bolsillo	6 tenedores enlozados	12 cajones con candado	50 docena de fósforos Victoria	1 alcoholímetro Gay Lousac
400 mts de sogá manila de 11 pulgadas de diámetro	6 cucharas enlozadas	3 palas Collins	1 docena jabón Windsor	2 redes chicas para pescar
6 navajas para peones	6 cucharitas enlozadas	4 palas de corazón	0,25 kg de vaselina	0,5 kg ácido cítrico
30 mts de lona	6 jarros enlozados	1 hacha	1 kilo cerato simple	100 grs de ácido acético
3 kg de estopa de cáñamo	1 asador	1 hachita	3 tariles de brillantina	Cajones varios ordinarios para embalar las colecciones
5 kg de clavo de 10 cm	3 baldes de diferentes tamaños	1 martillo	12 candados medianos	
2 kg de tornillos de 0,8 cm	2 pavas enlozadas, una de 4 lts y una de 2 lts	1 tenaza		

Relaciones exteriores	Ministerio de Guerra		Ministerio del Interior	
0,5 kg de tachuelas	1 cafetera enlozada	1 destornillador		
	2 carros, uno grande y otro chico	2 llaves inglesas		

Fuente: Elaboración propia con datos de Outes, 1903

La violencia simbólica de este proceso en la Patagonia fue narrada claramente por múltiples investigaciones (Navarro Floria, 2004 y 2007). Este documento en particular, además, evidencia un punto que la historiografía de la construcción de las instituciones de ciencia, al narrar la construcción de los procesos de acopio de colecciones, no menciona y que deja claramente expuesto; que aun pasados más de 20 años de la campaña militar, creada ya la colonia agrícola, la mirada científica del viaje a la Patagonia se imaginaba dentro del mismo marco de gesta heroica sobre el desierto y se planificaba en tanto pudieran moverse respaldados y armados por el aparato represivo del Estado. Sin embargo, es el Estado el que a partir de este momento deja de dar respaldo a ese tipo de gesta científica y su viaje nunca fue realizado. Outes sí llega a Nahuel Huapi, pero no acompañado de soldados y apertrechado por los ministerios de las fuerzas nacionales, sino que lo hace como viajero que recorre los lagos del sur de Chile, unos pocos años más tarde (Outes, 1909).

Esta distancia abismal entre las condiciones del viaje que imaginó y el que finalmente realizó deja en clara evidencia el grado de profundidad alcanzado y las consecuencias performativas que los relatos heroicos sobre la exploración de la Patagonia de las décadas anteriores habían tenido sobre la intelectualidad argentina, que posaba la mirada en la distante cordillera patagónica.

Este imaginario no se agota a principios de siglo xx, sino que encontramos anécdotas que podemos vincular a él a varias décadas de sus comienzos, incorporando lo exótico como marca de un espacio vivido y cotidiano. De hecho, en la Argentina hay una actualización en el proceso de establecimiento de los parques nacionales iniciado en la década del 30. Núñez (2008) observa que el imaginario del espacio vacío y para la contemplación se establece localmente antes de la existencia del Parque Nacional Nahuel Huapi. Más precisamente, con la conformación del Club Andino Bariloche (CAB) en 1931, desde donde se resignifica el espacio local. Esta resignificación se apoyó en la emblemática figura de Emilio Frey, quien sin tener el peso de los naturalistas argentinos que llegan a la región, es su principal colaborador. Frey remite a las figuras chilenas que investigaban la región a partir de vivir en ella, dado que se instaló a principios de siglo en la recientemente formada localidad de Bariloche.

Sin embargo, hay una distancia, en tanto su economía personal y familiar continúa vinculada a dinámicas asociadas al Estado nacional y no a explotaciones locales. Frey, ingeniero geógrafo, trabajó con Moreno en la Comisión de Límites, y así llegó al Nahuel Huapi; posteriormente fue el ayudante central de Bailey Willis en la zona y, tras el cierre de su proyecto, fue quien organizó el reclamo vecinal frente a Yrigoyen para proponer la intervención sugerida por Willis en la región. Fue, además, el encargado de dirigir provisoriamente el Parque Nacional del Sud, nombrado así en el decreto del 8 de abril de 1922, a través del cual el entonces presidente Alvear señaló los límites y dio inicio a la creación de esta unidad administrativa. Frey, tras la sanción de la Ley nacional 12 103 de creación de los Parques Nacionales, fue nombrado primer intendente del Parque Nacional Nahuel Huapi.¹³

Frey y, sobre todo, el accionar del CAB aparecen como pilares para ir instalando la idea de paisaje vacío, dedicado a la contemplación, como base del desarrollo. De hecho, si tomamos las referencias al Parque Nacional del Sud,¹⁴ lo encontramos diseñado en articulación a actividades agropecuarias y de extracción maderera. En 1934, la institucionalización del parque supone el desmantelamiento de las actividades previas. Núñez (2014) ha indagado cómo esto fue posible a partir de la crisis económica sufrida en la región en la década del 20, que vacía de sentido económico el comercio con Chile que sostenía la cotidianeidad de esta zona. Pero, además, recorre una anécdota que nos permite ver cómo operó en la práctica el imaginario de espacios vacíos, ligado al modo en que se diseña desde la Argentina la manera de vivir el vacío.

En el Nahuel Huapi, primer parque nacional efectivamente instalado, el turismo se presenta como una actividad conciliatoria, ya que los seres humanos aparecen de paso en una región impropia (Bustillo, 1999). El CAB, base local de legitimación de la instalación del parque, construyó una red de refugios y sendas en la montaña que facilitaban las visitas pero no las permanencias. La idea de turismo contemplativo como la actividad correcta permitió sostener un ideal de naturaleza como separada de las tensiones sociales y, por ende, políticas.

Esta ilusión se descubre como una falacia en 1937, cuando el CAB inicia la construcción de un refugio en el Cerro Tronador,¹⁵ montaña cuya cumbre es uno de los hitos limítrofes entre la Argentina y Chile.

13 Los límites entre el Parque Nacional del Sud y el Parque Nacional Nahuel Huapi difieren muy poco.

14 Particularmente en el segundo número de GAEA: *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* (1926).

15 Hoy llamado Refugio Viejo.

Como dijimos, los refugios en sí estaban investidos de una mística vinculada a la observación y el deporte, y asumían como ajenas las tensiones sociales.¹⁶

El CAB avanzó en la construcción en Tronador sin ocuparse de chequear si el sitio elegido correspondía a la Argentina o a Chile, por presumir que ello no era relevante. En las actas del club existen referencias a que se conocía de antemano este problema, tal como obra en el folio 43 del primer libro de actas, según el cual, el primero de marzo de 1934, se presenta el problema de que si se edificaba el refugio en territorio claramente argentino, la leña quedaba muy lejos. Cuando se decide seguir adelante en la construcción, las expediciones que relatan el avance edilicio marcan la facilidad del tránsito o la cercanía de la leña como criterios, sin referencias al límite con Chile (CAB 1936/37, folios 168-170). Pero pocos días antes de la inauguración de un refugio muy costoso,¹⁷ se recibe una carta desde dependencias chilenas que reclama la destrucción del recinto, porque según la cartografía de la época que ellos manejaban, estaba edificado en terreno chileno. La falta de acuerdos sobre los límites se descubre cuando se recibe una nota de la Dirección de Parques Nacionales (DPN) exigiendo el pago del derecho a construir un refugio, previsto en la normativa de la dependencia nacional.¹⁸ Las tensiones que se suponen ajenas estallaron antes de que se hubiese terminado la iniciativa. Ahora bien, a pesar del malestar dentro del CAB, rápidamente se piensan alternativas, de hecho, el 4 de noviembre de 1937, una comisión del Club Andino Bariloche viajó a Santiago de Chile por el tema de este refugio (CAB, 1936/37, acta 196 del 6 de noviembre). Finalmente, esos problemas no impidieron avanzar con la edificación, la que culminó con su inauguración el 3 de febrero de 1938.

Las resoluciones que se idearon a partir de este hito evidencian sentidos antagónicos en la cotidiana construcción de la región, poniendo de

16 Las autoridades del CAB llegan a sostener la necesidad de la creación de un Parque Nacional en territorio chileno, que fuera aledaño al entonces Parque Nacional del Sud, de modo que esta región de frontera pudiera tomarse como un corredor neutral, en línea con el sentido que Moreno reconocía en las áreas protegidas, en la donación de 1903 (CAB, 1932, p. 12). Cabe mencionar que el Parque Nacional Pérez Rosales, creado por Chile en 1926, solo cubría una limitada franja del límite que se proponía abrir y que era una dependencia vinculada a la preservación del recurso maderero antes que del paisaje (Wakild, 2017).

17 El libro de actas de 1937 relata, el 1 de abril de ese año, que buena parte de los materiales se perdieron por el clima, además, que los costos laborales subieron, elevando aún más el amplio presupuesto.

18 Carta 188, recibida el 5 de agosto de 1937. Archivo CAB.

manifiesto la falta de definiciones acabadas sobre el territorio. Frente al reclamo de la DPN por el pago al derecho de refugios, reiterado, el 21 de julio de 1938, se decidió honrar esta obligación explicitando el carácter aún abierto de las fronteras nacionales, al señalar una aclaración que se elevó a Parques Nacionales, una institución muy cercana, si recordamos que Emilio Frey, vocal del CAB y una de sus principales voces, era el intendente del Parque Nacional Nahuel Huapi, ámbito en donde se había realizado la construcción. Así, como registro de la memoria institucional, se señala:

Si la construcción se ha hecho en territorio chileno, no ha sido deliberadamente y para salvarse del pago del impuesto, sino que era imposible hacerlo en otro lugar y aún no es seguro que se encuentre en Chile ya que para afirmar eso sería necesario trabajos de agri-
mensura fuera del alcance que se han hecho las observaciones para su ubicación. (CAB, 1938, folio 174)

Finalmente, el refugio no se destruyó, en parte porque se buscaron todas las argumentaciones cartográficas para poner en duda los fundamentos chilenos, en parte porque se pagó a la Dirección de Parques Nacionales de la Argentina el derecho a edificar en el territorio nacional, obteniéndose así el reconocimiento de una dependencia nacional del territorio en disputa como argentino, y en parte porque se elevaron propuestas para que, en caso de que se determinara fehacientemente que estaba en territorio chileno, el Club Andino Bariloche se disponía a entregarlo a clubes chilenos que, por cierto, ya contaban con la llave del lugar.

El punto a destacar no es la anécdota, sino las tramas simbólicas en juego. En las acciones de quienes levantaron esta edificación ¿hubo ingenuidad o intención? La idea de la ingenuidad nos llevaría a recortar esta anécdota como parte del relato heroico de quienes levantaron los refugios. Por el contrario, la noción de intencionalidad nos pondría frente a concepciones que redundaban en la construcción de enclaves materiales que operaron como marcas en espacios aún ambiguos, instalando una forma de habitar que consolidaba el imaginario de vacío y peligro que, como vemos, constituye la base de la aproximación argentina.

Es difícil sostener la visión ingenua, sobre todo por la trayectoria de Emilio Frey como parte de la comisión de límites y referencia de todas las actividades del CAB. Este dirigente, que también era el intendente del Parque Nacional y, oportunamente, se desempeñó como intendente de la localidad, era un gran conocedor de las tensiones políticas que a diario transitaba. El actual Refugio Viejo se construyó adrede en un territorio ambiguo, presentado como ajeno a las tensiones políticas, asociado a

una resolución práctica del habitar de ese espacio que, aún cuando se hacía temporariamente en un territorio ajeno, se buscaba resolver con la leña cerca. Hay una actualización del exotismo que, en esta anécdota, se descubre sostenido en políticas tan tardías como las de fines de la década del 30. Núñez (2014) infiere de estos elementos que se trató de una elección consciente, un experimento hacia la posibilidad de avanzar en la construcción de ámbitos asumidos como impropios, donde la instalación material de un refugio se consideraba prueba de su carácter naturalmente neutral.

1.5. Para seguir pensando

Hay algo del modelo nacional que se descubre a partir de la forma en que se resuelve la investigación. La nación se construye a partir de habitarla y, de allí, conocerla. La ciencia se apoya hasta en los intereses y prácticas económicas y familiares en Chile. En la Argentina es un imaginario de promesa el que guía el modelo de nación y, con él, el poblamiento que se imagina resultante en una tierra que no se presenta como propia a quienes las investigan.

El reconocimiento de límites que se forja en 1902 inscribe una territorialidad implícita. Podemos pensar que, con el establecimiento de la frontera y el criterio de demarcación de los límites, también se resuelve zonas de reconocimientos como propias de las academias, que toman como escala natural al Estado nacional aun cuando analicen procesos que trascienden fronteras.

Paul Feyerabend (2002) señala que las ciencias modernas presumen la escala nacional como la base natural de estudio y, de hecho, denuncia esta vinculación como una influencia homologable a la que la iglesia católica había tenido sobre la ciencia en siglos previos. Claude Raffestin trae otro elemento: «La geografía política clásica es de hecho una geografía del Estado» (2014, p. 10), y los espacios no se conocen fuera de la trama de poder en que son concebidos. Ahora bien, en el proceso de conocer como argentino el territorio se niega el cruce inicial con el conocimiento chileno en dos sentidos, por un lado, como base previa de comunidades que crecen en una articulación cercana y no solo en diálogo con los centros europeos o norteamericanos, y por otro, como conocimiento de espacios inmediatos, donde conocer y habitar formaban parte de la misma lógica. Chile, como espacio constituyente, tampoco reconocía la posibilidad de una alternativa al modo de considerar los territorios que, de hecho, había conocido en términos científicos. Del utilitarismo lineal al utilitarismo romántico de la Argentina (Núñez y Lema, 2018a), operaban diferentes formas de

planificar los usos del espacio que ninguno de los dos países aceptó. La mutua influencia de ambas académicas se omite en el compromiso nacionalista que encontramos en el inicio de gestación de los espacios de investigación, y que redundan en un ocultamiento de la mutua influencia, ayudado por la propia universalidad pretendida por las ciencias naturales. Así, la Patagonia como exótica que resulta en un ocultamiento de la influencia chilena, la Patagonia como cercana deriva en una omisión al modo de conocer argentino, y en su profunda influencia en la visión de los Parques Nacionales, que termina trascendiendo hacia el espacio chileno. Andando este camino, llegamos a la necesidad del diálogo con Chile como forma de comprender la matriz de saberes que atraviesa nuestra región y, con ello, la necesidad de reparar en el modelo de la academia chilena para entender el efectivo proceso de reconocimiento de la Patagonia, así como de los matices en el carácter utilitarista que vincula ciencia y Estado.

En ello, y ya en relación con la pregunta por el conocimiento de la Patagonia andina, que es la que motiva la presente reflexión, nos queda la interrogación acerca de la influencia de la idea de lo exótico en la posibilidad de concebir el territorio lejano como enseñanza de la nación, la idea del bosque sublime como paisaje pedagógico propio de la constitución de los Parques Nacionales en la Argentina. Un ámbito cercano, vivido, atravesado por egoísmos e intereses, adolece del carácter de pureza con que se inviste al bosque Patagónico como referencia de una nación siempre en el horizonte de la promesa. De hecho, es el exotismo y la lejanía, como elementos de lo cotidiano, lo que permite la ilusión de que en las montañas aledañas a San Carlos de Bariloche se diluían las tensiones políticas. Hoy somos herederos de estas miradas cruzadas, con modos de valorar cuyo detalle hasta la actualidad excede las páginas consideradas para esta reflexión. Pero lo que queda claro es que la construcción binacional de espacio es un origen y una deuda, una mirada sobre la cual intentamos trabajar desde estas aproximaciones.

Autorías y filiaciones institucionales

Carolina Lema

Universidad Nacional de Río Negro, Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio (IIDYPCA). Río Negro, Argentina.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio. Río Negro, Argentina.

Paula Núñez

Universidad Nacional de Río Negro, Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio (IIDYPCA). Río Negro, Argentina.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio. Río Negro, Argentina.

Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile.

Comentario al texto

Por Paulina Zúñiga

En el presente capítulo, Carolina Lema y Paula Núñez nos invitan a reflexionar acerca de la construcción de conocimiento de la cordillera norpatagónica, a través de un análisis exploratorio y comparativo respecto de las influencias, praxis, semejanzas y diferencias en la producción científica de la academia argentina y chilena sobre este territorio. Las autoras parten de la pregunta por el conocimiento de la Patagonia andina y de qué manera su construcción, interpretación e imaginario como territorio se encuentra supeditado por una serie de factores que influyeron en las distintas maneras en que se realizó su lectura. Las miradas de los viajeros exploradores, las instituciones que se formaron, los instrumentos utilizados y las fuentes de financiamiento de ambos países permiten profundizar y ahondar acerca de la directa relación y diálogo entre la ciencia –entendida como un mecanismo de producción de conocimiento– y los intereses del Estado-nación de ejercer control y dominio en los territorios inexplorados.

De acuerdo con lo anterior, uno de los valiosos aportes de este capítulo radica justamente en la comprensión de los procesos de exploración de la Patagonia, no solo como instancias para levantar información geográfico-física, sino que también, y en la misma línea que Horacio Capel (2012), evidencian de qué manera la orientación de estas investigaciones se encontraban influenciadas por intereses políticos y económicos de los diferentes Estados; es decir, las descripciones, las cartografías, los inventarios, las bitácoras de viaje y toda la producción científica desarrollada por las academias constituían instrumentos de poder al alero de motivaciones geopolíticas específicas de cada contexto sociocultural. En este marco, las autoras se preguntan: ¿de qué manera surgen estas motivaciones en la academia argentina y chilena? Y ¿cuáles son sus convergencias y divergencias?

El primer elemento a discutir respecto de las interrogantes expuestas tiene relación con lo que las autoras denominan «temporalidades científicas». La Argentina consolidaría su organización y estructura científica a fines del siglo XIX, más tardíamente que Chile, convirtiéndose este último en referente para las posteriores expediciones e investigaciones del país vecino. Lo interesante de este apartado es entender de qué manera los procesos independentistas influyeron en la necesidad de conocer y develar el territorio, marcando la pauta para establecer las primeras instituciones académicas y el establecimiento de estrategias de control territorial adecuadas para cada nación.

Un punto en común, sin embargo, pese a estas diferencias, tiene que ver con la modalidad en que se realiza el reconocimiento de la Patagonia en ambos países, en donde las expediciones comienzan a constituir instancias para identificar, describir y seleccionar recursos productivos que fuesen de interés para la nación, generándose una suerte de selección y valorización de la naturaleza, siempre y cuando esta tuviese un beneficio. La «naturaleza útil» (Zusman, Lois y Castro, 2007, 102) es aquella que permite desarrollar, imaginar y/o inventar cómo debían funcionar los espacios blancos anexados al territorio nacional, y es, además, un concepto que plasma el nexo entre el mundo científico y el Estado.

Por otra parte, un segundo elemento a relevar tiene que ver con las espacialidades científicas, en donde las autoras plantean cómo la distancia y relación con los territorios por explorar incide finalmente en el imaginario que se tenía de estos. En el caso de la academia argentina, se visualiza una centralización en la zona pampeana; es decir, los exploradores manifestaban una mirada de los territorios por explorar como «exóticos, desconocidos y por dominar». En cambio, la academia chilena tendría un funcionamiento descentralizado, instituciones en diversas regiones y exploradores que habitaban en ellas permitieron estudiar el territorio como inmediato y familiar.

Respecto de esto último, es interesante comentar que en caso de otros territorios, como la Patagonia-Aysén en el extremo sur de Chile, diversos exploradores extranjeros fueron contratados como agentes del Estado para mapear y describir la región. La visión de Aysén como un territorio exótico, lejano y aislado primó también durante los siglos XIX y XX, siendo un caso excepcional por su tardía incorporación al resto de la nación.

El tercer elemento a considerar en el artículo corresponde a las exploraciones en la Patagonia, donde las autoras nos invitan a reflexionar sobre la influencia de los aparatos del Estado en la ejecución y preparación de las expediciones a la Norpatagonia argentina, amparadas en un comienzo por la idea de una Patagonia por descubrir y colonizar, hasta

una visión de este territorio como un paisaje vacío dedicado a la contemplación, es decir, un imaginario en movimiento.

Las autoras se refieren en este apartado a la instalación de los primeros parques nacionales y la idea del turismo de contemplación en la Argentina, cuyo fin era alcanzar la convivencia armónica entre el ámbito natural y antropogénico; pero que, sin embargo, no se encontró exento de conflictos por su tinte político y estratégico. En este marco, recientes estudios (Núñez, 2014) evidencian cómo también en Chile existe un imaginario de la Patagonia asociado a la contemplación y conservación de los bosques, lo que nos permite reflexionar sobre los reales intereses que hay detrás de estos discursos ambientales, abriendo nuevos debates respecto del desarrollo de estos territorios, ¿quiénes conservan? ¿para qué y para quienes? serían algunas preguntas interesantes de profundizar.

Finalmente, para cerrar este comentario, es necesario subrayar que otro aporte valioso de este texto tiene que ver con el esfuerzo por efectuar un primer acercamiento y diálogo entre la academia argentina y chilena como una manera de comprender los procesos de reconocimiento de la Patagonia desde una perspectiva holística y binacional. A su vez, nos permite dilucidar la mutua influencia de estos países en los estudios y exploraciones efectuadas, considerando las complejidades de la Patagonia como territorio fronterizo.

En último lugar, cabe destacarla que la incorporación de aportes desde disciplinas diversas como la geografía, la antropología, la historia y la filosofía, entre otras, en el análisis de estos procesos, resulta también un desafío para generar una lectura crítica de las miradas que hasta el día de hoy son posibles identificar en la Patagonia.

En diálogo con Paulina Zúñiga

Por Carolina Lema y Paula Núñez

Agradecemos los comentarios de Paulina Zúñiga. Sus reflexiones dan cuenta de que la temática abordada resulta de interés tanto para los estudios binacionales como para los estudios nacionales de la ciencia en general.

Destacamos el modo en que la reflexión de Zúñiga permite interpelar la noción de Estado. La construcción de espacio alejado y vacío, que reconocemos en la mirada argentina sobre la zona nahuelhuapeña, aparece con elementos muy similares respecto de la zona de Aysén, a los ojos de Andrés Núñez y Paulina Zúñiga. Los sentidos y disputas por la naturaleza se cruzan con formas de habitar que, usualmente, se pierden

de vista frente al peso que tienen los documentos escritos para la historiografía en general. La comentarista introduce el artículo en sentidos sobre la Patagonia y el territorio que permiten ver el amplio campo de estudios que progresivamente está permitiendo avanzar en la comprensión de la región.

El comentario de la profesora Zúñiga refuerza el hecho de que las preguntas planteadas trascienden los interrogantes del escrito para instalarse en un área de investigación que, desde territorios de integración tardía, avanza en dar cuenta de nuevas formas de pensar territorialidades y poblaciones. En el reconocimiento de los puntos de similitudes y diferencias, comenzamos a encontrarnos con dinámicas relacionales originales y desconocidas. En este sentido, el aporte del capítulo trasciende su propia redacción y se instala en la relevancia que tiene el pensar lo binacional desde nuevas claves.

Lista de referencias bibliográficas

- Albarraacín, Santiago. (1886). *Estudios Generales sobre los ríos Negro, Limay y Collón Cura y Lago Nahüel Huapi. Con numerosas vistas de los parajes recorridos desde la barra del río Negro, hasta el límite occidental del lago Nahüel Huapi y una carta general de los ríos explorados*. Imprenta Juan Alsina.
- Babini, José. (1986). *Historia de la Ciencia en la Argentina*. Ediciones Solar.
- Bravo Lira, Bernardino. (2004). «Non armis tantum sed litteris». Estudios universitarios y forja de un núcleo dirigente en Chile (siglos XVII a XX). *Anales del Instituto de Chile*. XXIV(2), pp. 33-68.
- Buchbinder, Pablo. (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Sudamericana.
- Bustillo, Exequiel. (1971). *El despertar de Bariloche. Una estrategia patagónica*. Sudamericana.
- Capel, Horacio. (2012). *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Ediciones del Serbal.
- Club Andino Bariloche. (1932). Memoria. Archivo CAB.
- Club Andino Bariloche. (1936/37). Libro de actas. Archivo CAB.
- Club Andino Bariloche. (1938). Libro de actas. Archivos CAB.
- Feyerabend, Paul. (2002). *Contra el método*. Ediciones Folio.
- Fonk, Francisco y Fernando Hess. (1857). Informe de los señores Francisco Fonk i Fernando Hess sobre la expedición a Nahuelhuapi. *Anales de la Universidad de Chile* (15), 1-11.
- Gache, Belén. (2006). *Escrituras nómades: del libro perdido al hipertexto*. Ediciones Trea.
- Gay, Claudio. (1854). *Atlas de la Historia Física y Política de Chile, tomo primero*. Imprenta de E. Thunot.
- Jardine, Nicholas y Emma Spary. (1996). The Natures of Cultural History. En N. Jardine, J. A. Secord y E. C. Spary (Eds.), *Cultures of Natural History* (pp. 3-13). Cambridge University Press.

- Lema, Carolina y Paula Núñez. (2018). Destruir para desarrollar. El rol de ciencia en la desigualdad del ordenamiento patagónico. *Cuadernos de Geografía*. 28(2), 255-270.
- Levine, Alex y Adriana Novoa. (2012). *¡Darwinistas! The construction of evolutionary thought in nineteenth century Argentina*. Brill.
- Lois, Carla. (2004). La invención de la tradición cartográfica argentina. *Litorales*. 4(4), 1-14.
- Mellafe, Rolando, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas. (1992). *Historia de la Universidad de Chile*. Ed. de la Universidad de Chile.
- Merchant, Carolyn. (1980). *The death of nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution*. Harper & Row.
- Mizón, Luis. (2001). Claudio Gay y la formación de la identidad chilena. Universidad de Chile, Ed. Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Moreno, Francisco. (1879). *Viaje a la Patagonia Austral*. Imprenta de la Nación.
- Navarro Floria, Pedro. (2004). *Patagonia. Ciencia y conquista*. CEP-UNComa.
- Navarro Floria, Pedro. (2007). *Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia norte 1880-1916*. CEP-UNComa.
- Navarro Floria, Pedro. (2011). Territorios marginales: los desiertos inventados latinoamericanos. Representaciones controvertidas, fragmentadas y resignificadas. En D. Trejo Barajas (Coord.), *Los desiertos en la historia de América. Una mirada multidisciplinaria* (pp. 207-226). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Universidad Autónoma de Coahuila, México.
- Navarro Floria, Pedro y Alejandro Mc Caskill. (2004). La «Pampa fértil» y la Patagonia en las primeras geografías argentinas (1876). En P. Navarro Floria (Comp.), *Patagonia: Ciencia y Conquista, la mirada de la primera comunidad científica argentina* (pp. 101-118). PubliFADecs / CEP.
- Newland, Carlos. (1991). La educación elemental en Hispanoamérica: Desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales. *The Hispanic American Historical Review*, 71(2), 335-364.
- Núñez, Andrés, Enrique Aliste y Alvaro Bello. (2014). El discurso del desarrollo en Patagonia-Aysén: la conservación y la protección de la naturaleza como dispositivos de una renovada colonización, Chile, siglos XX-XXI. *Scripta Nova, Revista Electrónica De Geografía y Ciencias Sociales*. <http://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/15035/18388>
- Núñez, Paula. (2008). La dinámica de una localidad desde la articulación de sus instituciones. El municipio de San Carlos de Bariloche, el Club Andino y Parques Nacionales (1931-1955). En G. Iuorno y E. Crespo (Eds.), *Nuevos espacios, nuevos problemas (173-193)*. Universidad Nacional de la Patagonia - Universidad Nacional del Comahue.
- Núñez, Paula. (2014). La región del Nahuel Huapi en el último siglo. Tensiones en un espacio de frontera. *Revista Pilquén, Universidad Nacional del Comahue*, 17(1), pp. 1-13. http://www.revistapilquen.com.ar/CienciasSociales/Sociales17/17v1_6Nunez_Region.pdf
- Núñez, Paula y Carolina Lema. (2018a). «Ciprés, el triunfador». *El bosque andino patagónico, la ciencia, la moral y la salud social en Argentina entre fines del siglo XIX y la década del 30*. Asclepio.

- Núñez, Paula y Carolina Lema. (2018b). Botánica, ciencia y guerra en la conquista patagónica de 1879. *Revista Epistemología e Historia de la Ciencia*, 2(2), pp. 27-50.
- Outes, Felix. (1903). *Archivo Personal. Fondo Outes*. Museo Etnográfico de Buenos Aires.
- Outes, Felix. (1909). *Comunicación preliminar sobre los resultados antropológicos de mi primer viaje a Chile*. Imprenta de Coni Hermanos.
- Perazzi, Pablo. (2008). Derroteros de una institución científica fundacional: el Museo Público de Buenos Aires, 1812-1911. *RUNA*, (29), pp. 187-206.
- Pinto Rodríguez, Jorge. (2003). *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*. DIBAM.
- Raffestin, Claude. (2014). *Por una geografía de poder*. El colegio de Michoacán.
- Requeni, Antonio. (1998). *Francisco P. Moreno. Perito en Argentina*. Círculo de Legisladores de la Nación Argentina.
- Sagredo Baeza, Rafael. (2007). De la Historia Natural a la Historia Nacional. La Historia Física y Política de Claudio Gay y la nación chilena. En C. Gay, *Historia Física y Política de Chile, tomo 1* (pp. IX-LVI). Cámara Chilena de la Construcción, DIBAM, Pontificia Universidad Católica.
- Sagredo Baeza, Rafael. (2012). *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domyeko y Philippi*. Patrimonio Cultural de Chile y Larrain Vial.
- Saldivia, Zenobio. (2005). *La ciencia en el Chile decimonónico*. Ed. Universidad Tecnológica Metropolitana.
- Serrano, Sol. (1993). *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Editorial Universitaria.
- Ventura, Antoine. (2016). Viajeros y naturalistas (siglos XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin preocupaciones por un tema torrentoso. *Revista ELOHI*, 9. <http://journals.openedition.org/elohi/981>
- Wakild, Emily (2017). Protecting Patagonia science, conservation and the pre-history of the nature state on a South American frontier, 1903-1934. En W. Graf von Hardenberg, M. Kelly, C. Leal y E. Wakild (Eds.), *The Nature State: Rethinking the history of conservation* (pp. 37-52). Routledge.
- Zusman, Perla, Carla Lois y Hortensia Castro. (2007). *Viajes y geografías: explotaciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*. Prometeo Libros.